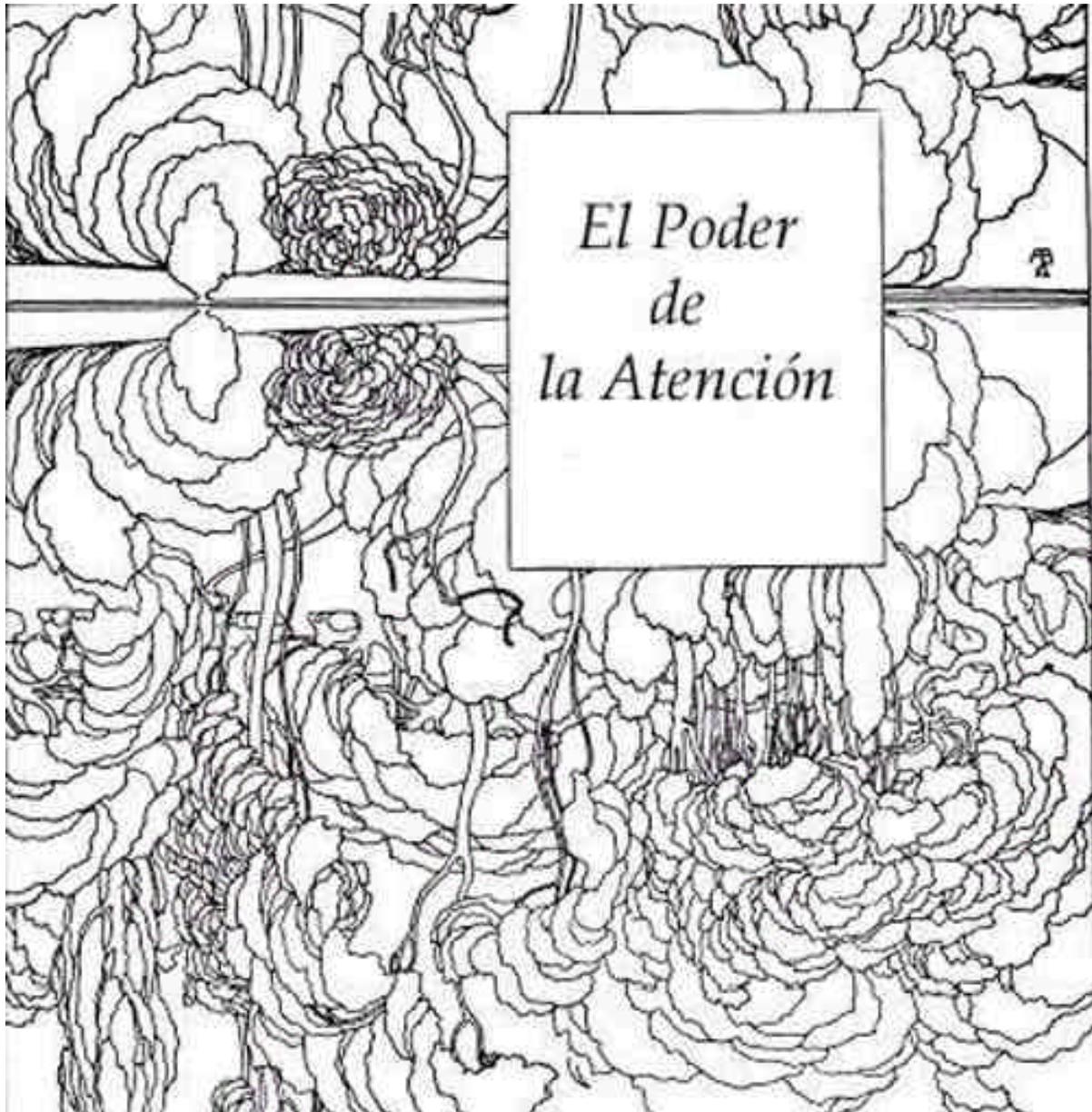


IDHHB

charla del mes

número 42



Copyright, E. J. Gold, 2002

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

La implicación es uno de los principales obstáculos para acercarse al Trabajo. Amar u odiar, ser amo o esclavo — da absolutamente igual. Con cualquiera de los dos, estamos siempre involucrados en el mundo externo, con objetos de deseo, de repulsión, de apego o de interés; constantemente involucrados en las cosas insignificantes, despilfarrando nuestro tiempo, dejando que la solución gotee entre nuestros dedos como si fuera arena.

¿Por qué sucede esto? ¿Por qué creemos que son legítimas estas exigencias de nuestra atención? Qué fácilmente olvidamos que no son unas exigencias legítimas para nosotros . . .

De hecho, la atención legítima, las exigencias legítimas de nuestra atención, es un tema que tarde o temprano tendremos que tratar en nuestra vida de trabajo. En algún momento, tendremos que empezar a hacer juicios de valor acerca de qué merece nuestra atención, y qué no la merece. Porque nuestra atención es tan preciosa. Nuestra atención es nuestra herramienta de trabajo. Es nuestra única herramienta de trabajo. Y hace falta que la afilemos, que la agucemos, para que tenga un filo muy puntiagudo.

Si no lo hacemos, no seremos capaces de trabajar. El Trabajo requiere disciplina, exige que hagamos la misma cosa día tras día. No implica la variedad; no hay mucha variedad en nuestra instrucción.

A muchos individuos no les gusta la repetición. Tienen la tendencia a querer algo nuevo y creativo en cada minuto. Y ésa es la razón por la que ellos dan unas vueltas extrañas, viven en el formato antiguo: la época del zigzag, corriendo de acá para allá de forma desesperada buscando algo nuevo y diferente.

En algún momento del futuro, tendremos que hacer juicios de valor acerca de nuestra atención minuto a minuto, o cada hora. Con el tiempo, tendremos que mirar todo y preguntarnos si vale la pena colocar nuestra atención en las cosas que normalmente la atraen. Nos preguntaremos por qué estamos haciendo lo que estamos haciendo, y si podríamos estar haciendo algo mejor con nuestro tiempo y atención. Lo que estamos haciendo, ¿merece el sacrificio que hemos hecho, quitando nuestra atención de otros esfuerzos?

Sólo tenemos una vida de Trabajo — muchas vidas, pero sólo una vida en el Trabajo. O lo conseguimos, o bien no lo conseguimos. Y sólo tenemos esta única vida en la que conseguirlo. Tenemos que conseguirlo en una vida. No disponemos de una cantidad de tiempo indefinida para montarnos en el “tren”. Necesitamos estar libres en esta vida, libres para trabajar o libres para ser esclavos del Trabajo . . . En realidad, la libertad y la esclavitud son totalmente irrelevantes. No forman parte de la cuestión en absoluto. De hecho, son una manera equivocada de decir algo.

Podemos empezar a entrenar nuestra atención con cosas pequeñas. ¿Durante cuánto tiempo podemos mirar un objeto delante de nosotros sin tener intrusiones? ¿Qué queremos decir con “intrusiones?”. Cualquier cosa que tenga que ver con algo más que el objeto de nuestra atención, es una intrusión — ya sea mental, psíquica, emocional, visual, de las percepciones o de las sensaciones. No importa lo que sea. *Cualquier cosa que no sea el objeto de nuestra atención es una intrusión.* De modo que, ¿durante cuánto tiempo podemos mirar un objeto sin una intrusión? Durante poco tiempo — lo que significa que nuestra atención es débil.

Hay muchos nombres para esta *uni-intencionada* consciencia y atención que han sido usados para expresar esta idea por toda una variedad de tradiciones

espirituales — desde los antiguos escritos metafísicos de los egipcios, los místicos y filósofos pre-socráticos griegos, hasta el budismo, el hinduismo, el sufismo, todo el camino hasta la vida monástica incluyendo Santo Tomás de Aquino . . .

La pregunta que se esconde detrás de todos estos nombres es si somos capaces de mantener nuestra atención, sin interrupciones, en nada más que el objeto elegido por nuestra atención. ¿Somos capaces de mirar algo, nada más que ese algo, sin hacer nada más que eso?

Cuando podamos hacerlo, entonces podremos pasar a unos proyectos más atrevidos. Por ejemplo, leer un libro. La única manera en la que normalmente mantenemos nuestra atención en un libro es mediante el interés. Pero, ¿podemos leer un libro en el que no tuviéramos interés, y mantener nuestra atención en él como si estuviéramos interesados en él?

El interés guía y tira de la atención; ésa no es una atención del trabajo. Si simplemente estamos atentos a algo porque estamos interesados, entonces hemos perdido lo esencial por completo. Debemos ser capaces de colocar nuestra atención dónde la queramos y mantenerla allí sin intrusiones, durante tanto tiempo como queramos — puede ser durante horas, meses o años — con la exclusión de todo lo demás.

Hay una diferencia importante entre la atención y la consciencia. Aunque nuestra atención pueda estar exclusivamente en algo, podemos estar conscientes de todo lo demás al mismo tiempo. La atención es específica, la consciencia es general. La consciencia nunca es específica. Y la atención nunca es general. Así que, podemos colocar nuestra atención en un objeto, y ser conscientes del entorno. Si no lo hacemos, entonces, o somos unos estúpidos, unos enfermos, unos ciegos, o unos tontos, o bien todo lo susodicho.

Cuando nos volvemos inatentos, hacemos cosas tontas. Cuando la máquina está dormida, suceden cosas tontas. Parece como si la desatención y el sueño tuvieran algo que ver el uno con el otro. *La clave es que la atención procede del yo esencial. El yo esencial es la fuente de la atención.*

La pérdida de atención puede ocurrir por dos causas diferentes. La primera causa es que el yo esencial ha dejado de ser una fuente de atención por el momento. Por una razón u otra, ya no está invocando su presencia y ha perdido su atención.

La presencia y la atención entran en la categoría de la voluntad, lo que significa que están completamente en la clase de lo voluntario. En otras palabras, *no existe tal cosa como la atención y la presencia involuntaria.*

El yo esencial debe entrar en funcionamiento para que éstas puedan aparecer, porque tienen que ser provocadas. O invocamos a nuestra presencia, o bien no la invocamos. No se invoca por sí sola. El yo esencial tiene que decidir reunir la atención y la presencia, moverlas, bajarlas o aumentar su alcance y su escala. Sin embargo, la atención nunca puede lograr la clase de escala que puede comprender la consciencia, aunque se puede hacer mucho con ella.

La consciencia es una de las atenciones de la máquina. La máquina tiene varias clases diferentes de atención. La palabra “atención” es engañosa, porque la usamos en relación tanto con el yo esencial como con la máquina. Deberíamos tener un nombre distinto para las dos; pero el lenguaje es algo limitado, y realmente no hay otra palabra que podamos usar. Sería mejor que dijéramos la consciencia de la máquina y la atención del yo esencial, aunque ésta es una distinción artificial. Hablando técnicamente, podríamos decir que la atención sólo se refiere a lo que hace el yo esencial.

Si falla la atención, debe significar, o que el yo esencial no está produciendo la presencia y la atención, que el yo esencial ha sido distraído, o bien que algo que ha ocurrido la está sangrando — alguna clase de obstáculo se ha presentado con el efecto de interrumpir la atención y la presencia. Generalmente, es alguna clase de distracción: *las cosas suceden*.

La clave de la atención es la auto-invocación. Sin la auto-invocación no puede haber atención. Es la responsabilidad del yo esencial animar y mantener su propia atención. El yo esencial siempre tiene la voluntad de atención y la voluntad para auto-invocarse. Por lo tanto, si no se invoca y si falla la atención, simplemente significa que el yo esencial ha perdido interés.

¡Esto es todo lo que podría significar; no puede haber otra explicación! Así que tendría una justificación preocuparnos en este momento por la pregunta — *¿por qué sucede que el yo esencial pierde interés?* La respuesta a esta pregunta es categórica: **¡el yo esencial nunca pierde interés en absoluto, nunca jamás!** El impacto de esta declaración debería ser rotundo. Si descubrimos — probablemente para gran consternación nuestra — que parece que perdimos interés, entonces tenemos una razón para preocuparnos por lo que está teniendo lugar dentro de nosotros que no somos capaces de controlar, a decir verdad por lo que ni siquiera sabemos denominar . . . ¿Dónde estamos nosotros cuando esto está teniendo lugar? . . .

Si tratamos activamente de desarrollar la presencia y la atención, nos daremos cuenta de forma inevitable de las cosas que interrumpen o distraen. Notaremos con gran ironía cómo suceden unas cosas muy sutiles, unas cosas que nos parecen peculiares y que llaman la atención por su peculiaridad y por su compás; unas cosas que damos por hechas, *unas cosas de poca trascendencia*.

Los sucesos más inofensivos, las cosas insignificantes que surgen en nosotros o que aparentemente surgen a nuestro alrededor, que nos arrancan de nuestros propósitos e intenciones, son aquellos contra los que deberíamos estar más en guardia, porque ocultan un ángulo muerto; son como una cortina de humo lanzada al aire, que tapa nuestra visión.

Lo más trivial, lo más corriente y lo más aparentemente inofensivo son las cosas para buscar. Las cosas insignificantes, de poca monta, indican el área donde nos engañamos, haciendo que legitimemos de forma inconsciente los problemas de la máquina con el entorno. Nos apartan de establecer realmente una escala de relaciones con el mundo externo basadas en verdaderos valores del Trabajo. Y sin embargo, nunca nos parecerá que algo malo esté sucediendo.

La atención es la clave, tanto para nuestro propio trabajo, como para el Trabajo mismo, porque la atención es un indicador muy bueno del yo esencial. El yo esencial puede hacer el Trabajo, la máquina no. Y la máquina no puede producir atención. No puede ser una fuente de atención, pero sí puede prestar atención.

Observar, colocar nuestra atención en algo y no permitir que nada se interponga en ese algo, sólo tener la atención en ese algo, permite que el objeto sea. El objeto sólo será él mismo si no metemos nada en él, si no le atribuimos nada, si no lo cubrimos con nuestras propias interpretaciones personales y subjetivas de lo que se supone que es, si no lo anublamos con significación, la que en realidad cambia su naturaleza. Nuestras percepciones suelen estar equivocadas. Hace falta que aprendamos a dejar que las cosas sean, a experimentarlas tal como son, y no como creemos que son.

Cuando usemos nuestra atención de esta forma, taladraremos un agujero a través de nuestro cerebro desde dentro hacia fuera que dejará que dirijamos el

rayo láser de nuestra atención, ampliando el agujero periódicamente según la fuerza de nuestra atención.

Cuando tenemos intrusiones, se suele atribuir a un centro mental aburrido. Es la misma operación que ocurre en el cerebro cuando cambiamos mentalmente una palabra repetida en una cinta de circuito cerrado, cuando empezamos a escuchar palabras que no están de ninguna manera en la cinta. Este efecto ha sido documentado de forma extensiva por B. F. Skinner y el doctor John Lilly en el transcurso de sus investigaciones, hechas por separado.

El doctor Lilly produjo una cinta de audio hace varios años en la que una palabra se repetía sin defecto alguno durante un largo periodo de tiempo. Se produjo el efecto deseado gracias a una grabación por circuito cerrado, usando una clase especial de aparato que crea este efecto de repetición. La palabra elegida sólo se dice una vez, por lo tanto podemos estar seguros de que escuchamos la misma palabra hablada una y otra vez.

Los que escuchan tendrán una variedad de reacciones ante esta repetición; pero la mayoría de estas reacciones son iguales. Se suele descubrir que el circuito cerrado repetido de la cinta obliga a la mente a crear alucinaciones auditivas, porque si se priva a la mente de la actividad, creará la suya. Cuando el cerebro escucha la misma palabra una y otra vez, incluso durante un tiempo corto, la mente, de forma inevitable, llega a estar muy activa y empieza a rellenar lo que considera los huecos.

Esta famosa cinta, conocida como la *Cinta Cogitar*, fue usada en Esalen en un ejercicio en el cual el oyente trataba de ver cuántas palabras podría derivar de ella. Es uno de los ejercicios más maravillosos si se usa de forma correcta.

Primero, se puede usar para generar todas las palabras que podemos oír de ella. Hay unas quinientas palabras que se pueden escuchar en esa cinta. ¡Existe incluso una hoja de cálculo de las palabras con el nivel de distribución de cada palabra — con qué frecuencia una palabra en particular será oída dentro de cualquier grupo de control!

Hay otro y más poderoso ejercicio que la cinta ofrece. *Donde no hay estímulo, el cerebro proporciona el suyo*. En otras palabras, si miramos el segundero de un reloj durante un minuto, al principio lo que trataremos de conseguir es simplemente hacer que nuestra atención no se vaya del segundero. ¡Nos sorprenderá lo difícil que es de realizarlo! Sesenta segundos de simple presencia . . . ni siquiera hablamos de un estado de consciencia superior — sino sólo la simple consciencia . . .

Ahora bien, una hora escuchando la *Cinta Cogitar* sin traducirla en otra cosa es muy raro. La mente suele hacer entrar unas cuantas de sus propias rarezas. Si se nos producen esas rarezas, esto significa que aquellos cambios del sonido están teniendo lugar mediante la asociación.

Todos sabemos que la función asociativa es representativa del funcionamiento del cerebro de la cabeza. Mientras este cerebro sea el centro de consciencia, mientras este cerebro sea esa parte funcional de nosotros que representa nuestra totalidad, escucharemos cambios en la palabra “cogitar”. A efectos prácticos, el *observador* es sólo el cerebro de la cabeza. Sin embargo, el cerebro de la cabeza está aburrido y sigue tratando de cambiar las cosas para hacerlas más interesantes.

Este ejercicio es un aparato de feedback en el sentido de que mientras escuchemos cambios en la palabra “cogitar”, sabremos que el cerebro de la cabeza está funcionando como el amo de la máquina. Digamos que al escuchar

esta cinta, tratamos de mantener la misma palabra, pero sigue cambiando, y nos enfadamos y nos frustramos, ¿quién es el amo de la máquina ahora? . . .

Si después nos levantamos y salimos de forma resentida de la habitación . . . ¿quién es el amo de la máquina? . . . ¿Qué tal si nos dormimos? La máquina pierde consciencia y todo está en blanco, entonces tenemos otro amo de la máquina . . . En cada caso, hay feedback definido para saber quién es el amo de la máquina.

El próximo paso es el ejercicio de la *Caja de Cristal*, donde nos sentamos delante de una caja de cristal. Una cara es de cristal y la otra es de plástico — simplemente una caja — y solamente la miramos — es simplemente una caja. Todo lo que pretendemos hacer es recordar que es una caja durante una hora.

Entonces alguien enciende el volumen y sintoniza un canal, y ahora simplemente tratamos de recordar que es simplemente una caja sin ser absorbidos por los patrones de la luz y los patrones del sonido que se emiten por la caja. La caja se llama “El Videojuego Supremo”.

En un sentido, la palabra “cogitar” es como chasquear los dedos para hacer que recordemos estar aquí. El factor de distracción viene de la habilidad y el deseo de la mente de torcer y distorsionar la palabra “cogitar”. Las distracciones proceden de la mente. En el ejercicio de la caja de cristal — o El Videojuego Supremo — ¿dónde está el factor de distracción? ¿Está en el televisor, en el vídeo o en dónde? . . . El proceso es el mismo: la mente quiere asociarse con lo que pasa en la pantalla.

La mente produce el mismo factor de distracción, y en realidad veremos los mismos resultados. Llegaremos a estar atrapados; estaremos atrapados por la significación que vemos, esto da pruebas de un amo; estaremos atrapados por las emociones producidas, ése es otro amo, o estaremos frustrados con nosotros por no ser capaces de impedir que quedemos atrapados por lo que experimentamos, ése es el mismo amo.

Nos levantaremos y la abandonaremos, apartaremos la mirada, desviaremos nuestra atención de otra manera, o apretaremos los dientes y nos forzaremos — ése es otro amo. Incluso otro amo es que nos sentemos allí, con los ojos abiertos y dormirnos por completo de forma embobada, y después nos despertaremos de la misma manera en la que nos despertamos en la carretera cuando conducimos —cuando de repente nos despertamos y nos percatamos de que hemos conducido unos treinta kilómetros sin darnos cuenta de ello.

Así que, todo se reduce a una cosa: el centro mental siempre funciona mediante la asociación; esto me recuerda eso que me recuerda aquello que me recuerda lo otro, y así sucesivamente. Cuando el centro mental se aburre, se activa y empieza a parlotear.

Lo único que significa una intrusión es que nunca hemos entrenado nuestra atención. Nadie más entrenará nuestra atención para nosotros, porque no se puede hacer. Nosotros somos los únicos que podemos hacerlo. Y si podemos entrenar nuestra atención, podemos hacer cualquier cosa; podemos literalmente mover las montañas. *Si podemos enfocar nuestra atención, podremos hacer cualquier cosa de la que alguna vez hayamos escuchado a alguien hacer.* Es nuestra atención la que nos da ese poder.

Una vez que llegemos a ser capaces de mover montañas, es imprescindible que no lo hagamos. No debemos volvernos como niños chicos con un juguete nuevo. Ni tampoco debemos usar nuestra atención como un arma — tiene otro uso que tiene que ver con nuestra presencia, el despertar de la máquina y la transformación del yo esencial. Todos éstos son un producto de la

atención. La atención es nuestra única herramienta. Nuestra voluntad de atención no está muy bien desarrollada, pero es una voluntad real, y es la única voluntad que tenemos.

La cuestión de la voluntad real se relaciona con el yo esencial — la voluntad real del yo esencial. En ciertas tradiciones ésta se llama El Sagrado Ángel Custodio. A veces se llama la Voluntad de Dios. Pero todos éstos simplemente se refieren a la voluntad del yo esencial — sin importar las palabras floridas que se usen para describirla.

El yo esencial sólo tiene dos propiedades, dos características o clones reales: la voluntad de la presencia y la voluntad de la atención. El yo esencial puede estar aquí y mirar algo; pero puede mirar más de lo que la forma visual ordinaria lo hace.

Robert Heinlein inventó la palabra “grok” que significa atravesar algo con la mirada, ocupar sus propias moléculas, entender algo de forma meticulosa porque estamos mirándolo con empatía; llegar a ser la cosa que miramos porque miramos de forma muy profunda.

Coge una cuchara, o cualquier objeto en la mano. Míralo. Cada forma tiene una correspondiente forma universal que se llama un arquetipo. Cada objeto tiene su arquetipo. El universo debe haber existido con esa forma — al menos durante un momento — para que esa forma exista. Y se puede penetrar esa forma.

Podemos ver el universo alterando rápidamente sus formas en una cabalgata infinita de formas. ¿Y por qué no infinita? El tiempo no existe. El universo no va a ningún sitio. Una vez que el universo se adapta a una forma, existe ahora y para siempre. No se descompone. No decrece; es para todo el tiempo porque el tiempo no existe. El universo existe dentro de la eternidad.

En la eternidad el tiempo no fluye. Lo que denominamos la eternidad es un ahora eterno, un espacio eterno. Sólo existen eventos que ocurren. Éstos dan la ilusión del tiempo. Pero el universo en conjunto existe como un único evento que ocurre para siempre.

El mundo eterno es igual al mundo relativo, excepto que en el primero el tiempo no fluye, sólo existen los eventos. En el mundo relativo, se miden los eventos, imponiéndoles un sentido de tiempo. Hablando técnicamente, el tiempo es la medición del movimiento. Cada intento de medir el tiempo que han hecho los seres humanos siempre ha sido en términos de movimiento de una clase u otra, de actividad de una clase u otra.

Deberíamos ser capaces de ver que cualquier objeto — digamos un vaso — es el universo envuelto en sí mismo. Se envolvió en sí mismo, pasó por sí mismo y empezó a existir de forma instantánea. Y ahora, aquí está — todo el universo.

Cuando nuestra atención está de un modo, el vaso es simplemente un vaso, y no es el universo. Cuando nuestra atención está de otro modo, el vaso de hecho es un universo. Está dentro de sí mismo, y aparece más pequeño que su parte interior. ¿Cómo puede ser un zapato dos números más pequeño por fuera que por dentro? De eso es de lo que trata todo esto. En un sentido muy real el macrocosmos y el microcosmos son lo mismo. No son diferentes.

La Creación no es un espejo, es la cosa en sí. En un sentido es como un indicador, un termómetro puesto para medir nuestra atención. Es un aparato de feedback que no tiene que ver con la biología.

En un modo de la atención, en el que la atención es muy débil, en el que hay muchas distracciones y la atención está dispersada, sólo hay un vaso y nada

más. Cuando se dirija la atención plenamente al vaso, entonces será percibido como el propio universo, que es la manera en la que apareció dentro de sí mismo.

Éste es un aparato, una técnica — y no es un ejercicio de la cosmología. *Cuando el vaso es simplemente un vaso, nuestra atención no va muy bien.* Cuando el vaso es el universo, entonces nuestra atención está plenamente dirigida. En ese momento, y sólo en ese momento, somos capaces de identificarnos totalmente con el vaso. Nos convertimos en el vaso mirándose a sí mismo. En un sentido, somos el vaso contemplándose; el objeto contemplándose.

Si alguna vez llegamos a ver a Dios, si sucede, siempre debemos recordar que no existe nada excepto Dios, que Dios es la única cosa que existe. No existe otra cosa. No existe “Dios” y luego “No-Dios”.

Así que, ¿quién está mirando a Dios? Sabemos que Dios no está mirando a Dios; no puede ser. Si miramos el vaso como el universo durante un tiempo suficiente, miraremos al Dios. De una forma u otra, estaremos mirando a Dios, no al vaso, y debemos darnos cuenta de ello. Pero, ¿desde qué perspectiva? ¿Desde qué punto de vista miramos a Dios?

Finalmente llegaremos a la comprensión de que lo que miramos es lo que somos; sin importar cómo opinemos de nosotros, o cómo pensemos en nosotros en ese momento, no podemos ser diferentes de lo que miramos. Veremos que nuestra auto-imagen en ese momento es una conveniencia para asumir un punto de vista; pero en realidad estamos mirando lo que somos. No miramos a algo distinto a nosotros mismos.

Así que, si miramos directamente a Dios, nos podemos decir: “Te veo, estoy contemplando a Dios, eso lo sé”. No existe nada más que Dios. Ésa fue la idea original de *La il’la ha il al’la hu*, No hay más Dios que Dios. Sólo hay Dios. No existe nada más que Dios.

Así que, si acaso nos encontramos cara a cara con Dios, debemos recordar que no existe nada más que Dios. Si no somos Dios ante Dios, seremos demolidos; aniquilados en la presencia de Dios, porque no hay nada excepto Dios en la presencia de Dios.

Pero mientras este vaso sea simplemente un vaso, estamos a salvo. Cuando este vaso ya no sea un vaso, entonces llegaremos a ser vulnerables de esa manera. Tratar con esto es el trabajo de muchos años.

Estamos solos, sin embargo no estamos solos. En otras palabras debemos llegar a aceptar nuestro destino como un ser único que existe completamente a solas y eternamente, sin importar cómo parezca. No hay sentido en nuestra existencia o en nuestra no-existencia. No hay nada que lograr. Ante la realidad, a fin de cuentas, todos los logros son inútiles, nulos y sin efecto; desde esa perspectiva no tienen consecuencias.

Sin embargo, cuando está correctamente hecha, la acción llega a ser un factor. La acción dirigida por el yo esencial. En un año, miraremos hacia atrás a nuestras vidas, y nos preguntaremos qué hemos hecho realmente para nuestro trabajo. Y es más que probable que veamos que ha sido tan cerca del cero como sea posible — sin tocar cero en realidad. Aquellos en la escuela probablemente han hecho menos desde que llegaron de lo que hicieron antes de llegar. Eso ocurre a menudo. Porque cuando llegamos a la escuela, la tendencia es de restablecer nuestras vidas, de volver a ponernos en equilibrio, volvemos a orientarnos porque estamos desorientados.

De modo que, inmediatamente empezamos a echar tijeretas y ganchos para todas partes, y creamos compromisos con toda clase de cosas y personas. Empezamos todo un proceso de compromiso para restablecer lo que es normal

para nosotros. Al hacerlo, estamos tan atareados que no tenemos tiempo para nuestro trabajo y nuestra vida de trabajo sufre.

Si fuéramos listos, y si supiéramos cómo hacerlo, podríamos trabajar todo el año, todos los años. Sabemos que ése es el camino sano, que deberíamos hacerlo, pero no sabemos cómo.

Hay dos cosas que hace falta que miremos. Una es que inevitablemente, hagamos lo que hagamos, habrá una cierta cantidad de complicación y de distracción. Estemos dónde estemos, vayamos dónde vayamos, haremos esencialmente las mismas cosas de un momento a otro, de un día a otro. No vamos a cambiar de forma radical sólo porque estemos en un lugar diferente. El simple hecho de llegar a una escuela no garantiza nada. No nos aporta nada.

Incluso el hecho de que haya más factores de recuerdo en la escuela no ayuda. Con el tiempo todo se mezcla con la trivialidad general del ruido de fondo. De modo que de vez en cuando, el maestro clavará una horca en el sitio adecuado, simplemente porque él se percata de que no podemos recordar que estamos en una escuela.

De vez en cuando nos hace recordar; pero no es la misma cosa que trabajar realmente de forma seria. Para trabajar de forma seria debemos limpiar las obstrucciones al trabajo — y hay obstáculos Sin los obstáculos, no ganaríamos nada por estar en una escuela, no habría beneficio. En realidad, hay más obstáculos al trabajo dentro de la escuela de los que hay en la vida normal, lo que hace el trabajo en la escuela más valioso. Mientras más obstáculos haya, más fuertes y más capaces tendremos que ser.

Nuestra habilidad aumenta según la cantidad de obstáculos y el grado de la dificultad. No disminuye; nuestro ser aumenta en relación directa al número de obstáculos. Eso es lo que tratamos de hacer: fortalecer la voluntad del yo esencial.